# EL DIA DEL CAUDILLO

EL refugiado, incorregible lector de periódicos españoles, tiene en las manos un diario de Madrid. Es del primero de octubre, Día del Caudillo, conmemoración de la fecha "en que el general Franco fué investido con el rango y la responsabilidad de la Jefatura del Estado, en el año 1936". El periódico madrileño publica en primera plana el retrato de Franco. ¡Maldita sea..! ¡El Día del Caudillo!.. El refugiado lee los elogios que el diario franquista dedica al invicto Generalísimo, al Capitán de la Cruzada, al Salvador de España, al genial estadista... La encomiástica prosa imperial asquea al refugiado.

Pero ¿es posible que se pueda escribir en serio todo eso de que Franco salvó a España de la miseria y de la abyección? ¡El Día del Caudillo!

El refugiado, indignado, aparta de sí el periódico franquista. Lo echa a un lado, sobre una mesita. ¡Franco, salvador de España! ¡Y los españoles muriéndose de hambre!

Precisamente ayer recibió el refugiado carta de España. En los sellos postales la efigie de Franco. Como en ese periódico del Día del Caudillo. ¡Maldita sea..! En el texto de la carta familiar, tristezas veladas por el temor a la censura. Y, también, por no querer angustiar al ser querido lejos de la patria.

El refugiado, como si quisiera purificarse de la lectura de aquellos elogios a Franco en el Día del Caudillo, se levanta para buscar la carta familiar. Relee sus palabras sencillas, sobrias, discretas. Pero que transparentan el dolor de la vida española. Privaciones. Agobios familiares. "Veremos si el mes próximo tengo ya otro trabajo, porque con un sueldo nada más vienen las cosas muy apretadas" —dice la carta.

"¡El viejo —piensa el refugiado—, buscando otro empleo! ¡Lo que necesitará trabajar para mal vivir!"

En la carta, la pobreza muéstrase recatada. ¿Para qué hablar de ella? Mas en un momento surge la exclamación delatora: "¡Qué alegría si pudiéramos ir todos a reunirnos contigo ahí!" No si pudiera ir el refugiado a España, a reunirse con los suyos, sino al contrario: si pudieran venir los españoles de allí a reunirse aquí con el refugiado: a ser todos ellos otros refugiados más.

Con la carta en la mano, el refugiado se queda de nuevo pensativo: "¡Deben de estar pasando mucha hambre!" Recuerda luego las persecuciones que sufrieron sus familiares: la cárcel, los meses sin trabajo, la vida difícil... ¡El Día del Caudillo! ¡Y el retrato de Franco en primera plana!

Entristecido con sus recuerdos, el refugiado va a dejar la carta familiar. Si se descuida, la pone sobre el periódico franquista, con el retrato del Generalísimo. Rápidamente la aparta, como si quisiera evitar un contagio. La carta familiar y el Salvador de España juntos ¡no!

¡España, salvada! Pero el español pasa hambre, quiere emigrar. El refugiado recuerda que alguien, que llegó no hace mucho de España, le había dicho: "Si la gente pudiera venir a América, no quedaba allí nadie". ¡Toda España emigrada! Y sobre la tragedia española, el sarcasmo del elogio a Franco. Y su retrato. ¡Día del Caudillo!

El refugiado quiere apartar de la preocupación sus recuerdos dolorosos. Coge un periódico mexicano. Será cualquier cosa. Lo que sea. Lo primero que le salta a la vista es una noticia de Madrid. Imposible dejar de leerla. Sus ojos se clavan en el título: "Pobreza en España".

El refugiado lee:

"MADRID, noviembre 24. (AFP).—La revista semanal "Ecclesia", órgano de Acción Católica, publica un editorial del que extractamos los siguientes párrafos:

"En las dolorosas alternativas de la vida económica de nuestro país, a través de los azares de la posguerra, unas veces clareando el horizonte con la alegría de una buena cosecha, otras amenazando la sombría desesperación de un trato extranjero injusto y de una sequía desoladora, entramos en el período difícil y oscuro: el del próximo invierno. La gente se queja, la vida encarece, los racionamientos son insuficientes, ningún sueldo alcanza; hay hambre.

No tratemos de desoír el rumor sordo de los barrios humildes, emborrachándonos de lujo en los bulevares céntricos. Es nuestro deber repetir que hay hambre y malestar, aunque los cines rebosen, aunque florezcan los jardines sobre el cemento de ayer, aunque los periódicos se distraigan en el comentario de sucesos antípodas".

Con dolor, el refugiado ha dejado caer el periódico mexicano sobre el otro periódico español "ilustrado" con el retrato de Franco. ¡Maldita sea..!

Hambre en España. En la España salvada por Franco. ¡Día del Caudillo!.. Porque Franco salvó a España, el español se muere de hambre. La cosa bien valía, en verdad, una conmemoración. Y un retrato de Franco en primera plana.

EL VALIJERO

nº 205
10 Dbre 49

A.P.C.E.
SIG.: 1.2g|1374